

Las píldoras de la felicidad

Tranquilizantes: la pequeña química del confort masivo

Versión del artículo "Tranquillizants ou doit-on s'arrêter", de la revista L'Express
Por Margaritainés Restrepo SantaMaría
De El Colombiano.

Que Sigmund Freud y James Joyce tomaron cocaína. Que el hachís y la marihuana no pasaron de largo para Charles Baudelaire, Victor Hugo y Pitágoras. Ni, para Winston Churchill y Samuel Colt, el óxido de nitroso. Y, bueno, que el opio fue "degustado" por Charles Dickens, Hector Berlioz y Edgar Allan Poe.

Siglos después de haber descubierto los efectos de la semilla de "adormidera". Siglos después de haber registrado en la historia el pago de recompensa a quien denunciara a los bebedores de café y la aplicación de torturas y hasta pena de muerte a los fumadores de tabaco.

Hoy, es imposible seleccionar y nombrar a los consumidores de drogas, como lo hicieron, hace algunos años, David Wallachinsky, Irving y Amy Wallace, en su Libro de las listas...

Porque, hoy, la lista es interminable. Y el marco de sustancias existentes, muy amplio. Lo suficientemente amplio, con sólo acercarnos al mundo de los

tranquilizantes.

¡TRANQUILO, HERMANO!

Y es una fuerte preocupación frente al consumo de tranquilizantes la que ocupa, en un artículo reciente, a la revista L'Express.

Tranquilizantes... Eso por lo cual usted, quizá corre a visitar a su médico. Para algunos, menos molesto que el alcohol y el cigarrillo. Una "muleta" del bienestar, científica, legal y socialmente valorizada. Para ciertas empresas, una forma de ausentismo, que en lugar de ayudar al empleado a soportar su labor, está impidiendo su buen desempeño. Para otros, instrumento del totalitarismo o algo parecido a lo que le dan al ganado para montarlo en un camión o en un tren y llevarlo al matadero.

Tranquilizantes. Y un consumo tan generalizado e indiscriminado, que preocupa a quienes consideran que se están sobrestimando los estados de ansiedad. Que con frecuencia, las sociedades modernas no establecen las diferencias entre la ansiedad patológica que impide vivir, y la pequeña ansiedad normal e incluso positiva, "vivencia periódica e ineluctable" que hay que respetar y que, en algunos casos -por ejemplo en los niños, ayuda



y obliga al desarrollo de nuevas actitudes".

NO ENFERMA, PERO HACE SUFRIR

Tranquilizantes. Preocupan, a personas que quizá ni saben que Leo Sternbacc, de 77 años, es el padre de las benzodiazepinas que gobiernan el mercado de la ansiedad. Algo que nació después de la Segunda Guerra, cuando ya existían las vacunas y los antibióticos y había menos muertes por difteria. Cuando la gente logró mayor capacidad de consumo. Cuando lo cotidiano, y no la guerra ni sus con-

secuencias, se convirtió en motor de la ansiedad.

Tranquilizantes. Ese invento que nació a partir de sustancias de los colorantes. Después de muchos fracasos. Probado en gatos, tigres y, finalmente en 16 mil pacientes. Los primeros tranquilizantes, aprobados en Estados Unidos en 1960. Medicamentos que, finalmente, se convirtieron en algo tan trivial (?) como la aspirina.

Tranquilizantes. Muy usados, no siempre necesitados. Destronaron a los "ancianos" barbitúricos y transforman la vida de los ansiosos. Son para la

ansiedad, lo que la aspirina al dolor de cabeza. Lo que, para otros, es el aperitivo: alcohol. Muchos los ven como "las píldoras de la felicidad", las que acaban con ese estado (la ansiedad) que no enferma, pero hace sufrir

UNA MANIA, UN CONFORT

Tranquilizantes. Esa tabla de salvación... también cuestionable. Se les reprocha: falta de eficacia en curas que sobrepasan los 3 meses (el promedio, en Francia, es de 61 semanas); y riesgo de adicción en tratamientos que superen los seis meses. Igualmente, se les señala

como provocadores de crisis de la memoria, aunque la industria no ha analizado este punto de manera suficiente.

La pequeña química del confort masivo: la manía de los tranquilizantes. No hay estudios que los relacionen con el suicidio. Y poco se ha estudiado su efecto en los accidentes de carro. Pero algunos expertos afirman que ellos (algunos más que otros) perturban la percepción y la vigilancia. Encuestas hechas en Gran Bretaña, Noruega y Finlandia asocian el 6% de los accidentes -720 muertos, 20 mil heridos cada año- con las drogas para combatir la ansiedad. Y que el abuso, en los jóvenes, favorece el consumo de otras drogas.

UNA EXCUSA

Ansiedad. Una pelea cotidiana. Ansiedad. Un examen. Ansiedad. Un niño inquieto. Ansiedad. Una responsabilidad extra. Ansiedad. Una traga. Ansiedad. Una noche de insomnio. Ansiedad. Un inconveniente laboral. Ansiedad. Un viaje. Ansiedad. Un encuentro. Ansiedad... Siempre está ahí, cerca, la excusa para acudir a los tranquilizantes.

Y no es el producto. Es su uso y abuso.

Y cuestión de convencernos... El exceso de ansiedad, paraliza. En pequeñas dosis, la ansiedad es un motor, un impulso, un reto, un recurso. Vida.